



Día 07 - Contemplación del amor del Corazón de Jesús

Del mismo modo que la contemplación de las llagas de Jesucristo en la Cruz nos recuerda su gran misericordia, la memoria de su Corazón nos inspira una dulzura y una alegría inmensas, que son los consuelos inseparables del amor, y nos lleva a adorar fielmente a Jesucristo en la Eucaristía, pues en este Sacramento nos da la mayor de todas las gracias: se nos da a Sí mismo real y verdaderamente. Los santos que con más ternura han amado el Sagrado Corazón son los que han recibido los más grandes favores y consolaciones, pues Jesucristo nunca niega sus caricias a sus devotos.

† Encíclica **Haurietis Aquas** (Pío XII) †

Sobre el culto al Sagrado Corazón de Jesús

III. CONTEMPLACIÓN DEL AMOR DEL CORAZÓN DE JESÚS

17. Ahora, venerables hermanos, para que de estas nuestras piadosas consideraciones podamos sacar abundantes y saludables frutos, parémonos a meditar y contemplar brevemente la íntima participación que el Corazón de nuestro Salvador Jesucristo tuvo en su vida afectiva divina y humana, durante el curso de su vida mortal. En las páginas del Evangelio, principalmente, encontraremos la luz, con la cual, iluminados y fortalecidos, podremos penetrar en el templo de este divino Corazón y admirar con el Apóstol de las Gentes «las abundantes riquezas de la gracia [de Dios] en la bondad usada con nosotros por amor de Jesucristo»¹.

18. El adorable Corazón de Jesucristo late con amor divino al mismo tiempo que humano, desde que la Virgen María pronunció su Fiat, y el Verbo de Dios, como nota el Apóstol, «al entrar en el mundo dijo: "Sacrificio y ofrenda no quisiste, pero me diste un cuerpo a propósito; holocaustos y sacrificios por el pecado no te agradaron. Entonces dije: Heme aquí presente. En el principio del libro se habla de mí. Quiero hacer, ¡oh Dios!, tu voluntad..." Por esta "voluntad" hemos sido santificados mediante la "oblación del cuerpo" de Jesucristo, que él ha hecho de una vez para siempre»².

De manera semejante palpitaba de amor su Corazón, en perfecta armonía con los afectos de su voluntad humana y con su amor divino, cuando en la casita de Nazaret mantenía celestiales coloquios con su dulcísima Madre y con su padre putativo, san José, al que obedecía y con quien colaboraba en el fatigoso oficio de carpintero. Este mismo triple amor movía a su Corazón en su continuo peregrinar apostólico, cuando realizaba innumerables milagros, cuando resucitaba a los muertos o devolvía la salud a toda clase de enfermos, cuando sufría trabajos, soportaba el sudor, hambre y sed; en las prolongadas vigiliadas nocturnas pasadas en oración ante su Padre amantísimo; en fin, cuando daba enseñanzas o proponía y explicaba parábolas, especialmente las que más nos hablan de la misericordia, como la parábola de la dracma perdida, la de la oveja descarriada y la del hijo pródigo. [...]

¹ Ef 2, 7.

² Heb 10, 5-7, 10.



Con amor aún mayor latía el Corazón de Jesucristo cuando de su boca salían palabras inspiradas en amor ardentísimo. Así, para poner algún ejemplo, cuando viendo a las turbas cansadas y hambrientas, dijo: «Me da compasión esta multitud de gentes»³; y cuando, a la vista de Jerusalén, su predilecta ciudad, destinada a una fatal ruina por su obstinación en el pecado, exclamó: «Jerusalén, Jerusalén, que matas a los profetas y apedreas a los que a ti son enviados; ¡cuántas veces quise recoger a tus hijos, como la gallina recoge a sus polluelos bajo las alas, y tú no lo has querido!»⁴. Su Corazón palpité también de amor hacia su Padre y de santa indignación cuando vio el comercio sacrílego que en el templo se hacía, e increpó a los violadores con estas palabras: «Escrito está: "Mi casa será llamada casa de oración"; mas vosotros hacéis de ella una cueva de ladrones»⁵.

19. Pero particularmente se conmovió de amor y de temor su Corazón, cuando ante la hora ya tan inminente de los crudelísimos padecimientos y ante la natural repugnancia a los dolores y a la muerte, exclamó: «Padre mío, si es posible, pase de mí este cáliz»⁶; vibró luego con invicto amor y con amargura suma, cuando, aceptando el beso del traidor, le dirigió aquellas palabras que suenan a última invitación de su Corazón misericordiosísimo al amigo que, con ánimo impío, infiel y obstinado, se disponía a entregarlo en manos de sus verdugos: «Amigo, ¿a qué has venido aquí? ¿Con un beso entregas al Hijo del hombre?»⁷; en cambio, se desbordó con regalado amor y profunda compasión, cuando a las piadosas mujeres, que compasivas lloraban su inmerecida condena al tremendo suplicio de la cruz, las dijo así: «Hijas de Jerusalén, no lloréis por mí; llorad por vosotras mismas y por vuestros hijos..., pues si así tratan al árbol verde, ¿en el seco qué se hará?»⁸.

Finalmente, colgado ya en la cruz el Divino Redentor, es cuando siente cómo su Corazón se trueca en impetuoso torrente, desbordado en los más variados y vehementes sentimientos, esto es, de amor ardentísimo, de angustia, de misericordia, de encendido deseo, de serena tranquilidad, como se nos manifiestan claramente en aquellas palabras tan inolvidables como significativas: «Padre, perdónales, porque no saben lo que hacen»⁹; «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?»¹⁰; «En verdad te digo: Hoy estarás conmigo en el paraíso»¹¹; «Tengo sed»¹²; «Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu»¹³.

Eucaristía, María, Cruz

20. ¿Quién podrá dignamente describir los latidos del Corazón divino, signo de su infinito amor, en aquellos momentos en que dio a los hombres sus más preciados dones: a Sí mismo en el sacramento de la Eucaristía, a su Madre Santísima y la participación en el oficio sacerdotal?

³ Mc 8, 2.

⁴ Mt 23, 37.

⁵ *Ibid.* 21, 13.

⁶ *Ibid.* 26, 39.

⁷ *Ibid.* 26, 50; Lc 22, 48.

⁸ Lc 23, 28. 31.

⁹ *Ibid.* 23, 34.

¹⁰ Mt 27, 46.

¹¹ Lc 23, 43.

¹² Jn 19, 28.

¹³ Lc 23, 46.



Ya antes de celebrar la última cena con sus discípulos, sólo al pensar en la institución del Sacramento de su Cuerpo y de su Sangre, con cuya efusión había de sellarse la Nueva Alianza, en su Corazón sintió intensa conmoción, que manifestó a sus apóstoles con estas palabras: «Ardientemente he deseado comer esta Pascua con vosotros, antes de padecer»¹⁴; conmoción que, sin duda, fue aún más vehemente cuando «tomó el pan, dio gracias, lo partió y lo dio a ellos, diciendo: "Este es mi cuerpo, el cual se da por vosotros; haced esto en memoria mía". Y así hizo también con el cáliz, luego de haber cenado, y dijo: "Este cáliz es la nueva alianza en mi sangre, que se derramará por vosotros"»¹⁵.

Con razón, pues, debe afirmarse que la divina Eucaristía, como sacramento por el que El se da a los hombres y como sacrificio en el que El mismo continuamente se inmola desde el nacimiento del sol hasta su ocaso¹⁶, y también el Sacerdocio, son clarísimos dones del Sacratísimo Corazón de Jesús.

Don también muy precioso del Sacratísimo Corazón es, como indicábamos, la Santísima Virgen, Madre excelsa de Dios y Madre nuestra amantísima. Era, pues, justo fuese proclamada Madre espiritual del género humano la que, por ser Madre natural de nuestro Redentor, le fue asociada en la obra de regenerar a los hijos de Eva para la vida de la gracia. [...]

Al don incruento de Sí mismo bajo las especies del pan y del vino quiso Jesucristo nuestro Salvador unir, como supremo testimonio de su amor infinito, el sacrificio cruento de la Cruz. Así daba ejemplo de aquella sublime caridad que él propuso a sus discípulos como meta suprema del amor, con estas palabras: «Nadie tiene amor más grande que el que da su vida por sus amigos»¹⁷. De donde el amor de Jesucristo, Hijo de Dios, revela en el sacrificio del Gólgota, del modo más elocuente, el amor mismo de Dios: «En esto hemos conocido la caridad de Dios: en que dio su vida por nosotros; y así nosotros debemos dar la vida por nuestros hermanos»¹⁸. Ciertamente es que nuestro Divino Redentor fue crucificado más por la interior vehemencia de su amor que por la violencia exterior de sus verdugos: su sacrificio voluntario es el don supremo que su Corazón hizo a cada uno de los hombres, según la concisa expresión del Apóstol: «Me amó y se entregó a sí mismo por mí»¹⁹.

Iglesia, sacramentos

21. No hay, pues, duda de que el Sagrado Corazón de Jesús, al ser participante tan íntimo de la vida del Verbo Encarnado y, al haber sido, por ello asumido como instrumento de la divinidad, [...] es también símbolo legítimo de aquella inmensa caridad que movió a nuestro Salvador a celebrar, por el derramamiento de la sangre, su místico matrimonio con la Iglesia: «Sufrió la pasión por amor a la Iglesia que había de unir a sí como Esposa»²⁰. Por lo tanto, del Corazón traspasado del Redentor nació la Iglesia, verdadera dispensadora de la sangre de la Redención; y del mismo fluye abundantemente la gracia de los sacramentos que a los hijos de la Iglesia comunican la vida sobrenatural, como

¹⁴ *Ibíd.* 22, 15.

¹⁵ *Ibíd.* 22, 19-20.

¹⁶ *Mal* 1, 11.

¹⁷ *Jn* 15, 13.

¹⁸ *1 Jn* 3, 16.

¹⁹ *Gál* 2, 20.

²⁰ *Sum. theol. Suppl.* 42, 1 ad 3: ed. Leon. 12 (1906) 81.



leemos en la sagrada Liturgia: «Del Corazón abierto nace la Iglesia, desposada con Cristo... Tú, que del Corazón haces manar la gracia»²¹.

De este simbolismo, no desconocido para los antiguos Padres y escritores eclesiásticos, el Doctor común escribe, haciéndose su fiel intérprete: «Del costado de Cristo brotó agua para lavar y sangre para redimir. Por eso la sangre es propia del sacramento de la Eucaristía; el agua, del sacramento del Bautismo, el cual, sin embargo, tiene su fuerza para lavar en virtud de la sangre de Cristo»²². Lo afirmado del costado de Cristo, herido y abierto por el soldado, ha de aplicarse a su Corazón, al cual, sin duda, llegó el golpe de la lanza, asestado precisamente por el soldado para comprobar de manera cierta la muerte de Jesucristo.

Por ello, durante el curso de los siglos, la herida del Corazón Sacratísimo de Jesús, muerto ya a esta vida mortal, ha sido la imagen viva de aquel amor espontáneo por el que Dios entregó a su Unigénito para la redención de los hombres, y por el que Cristo nos amó a todos con tan ardiente amor, que se inmoló a sí mismo como víctima cruenta en el Calvario: «Cristo nos amó, y se ofreció a sí mismo a Dios, en oblación y hostia de olor suavísimo»²³.

Ascensión

22. Después que nuestro Salvador subió al cielo con su cuerpo glorificado y se sentó a la diestra de Dios Padre, no ha cesado de amar a su esposa, la Iglesia, con aquel inflamado amor que palpita en su Corazón. Aun en la gloria del cielo, lleva en las heridas de sus manos, de sus pies y de su costado los esplendentes trofeos de su triple victoria: sobre el demonio, sobre el pecado y sobre la muerte; lleva, además, en su Corazón, como en arca preciosísima, aquellos inmensos tesoros de sus méritos, frutos de su triple victoria, que ahora distribuye con largueza al género humano ya redimido. [...]

Pentecostés

23. La misión del Espíritu Santo a los discípulos es la primera y espléndida señal del munífico²⁴ amor del Salvador, después de su triunfal ascensión a la diestra del Padre. De hecho, pasados diez días, el Espíritu Paráclito, dado por el Padre celestial, bajó sobre los apóstoles reunidos en el Cenáculo, como Jesús mismo les había prometido en la última cena: «Yo rogaré al Padre y él os dará otro consolador para que esté con vosotros eternamente»²⁵. El Espíritu Paráclito, por ser el Amor mutuo personal por el que el Padre ama al Hijo y el Hijo al Padre, es enviado por ambos, bajo forma de lenguas de fuego, para infundir en el alma de los discípulos la abundancia de la caridad divina y de los demás carismas celestiales. Pero esta infusión de la caridad divina brota también del Corazón de nuestro Salvador, «en el cual están encerrados todos los tesoros de la sabiduría y de la ciencia»²⁶.

Esta caridad es, por lo tanto, don del Corazón de Jesús y de su Espíritu. A este común Espíritu del Padre y del Hijo se debe, en primer lugar, el nacimiento de la Iglesia y su

²¹ Hymn. ad Vesp. Festi Ssmi. Cordis Iesu.

²² 3, 66, 3 ad 3: ed. Leon. 12 (1906) 65.

²³ Ef 5, 2.

²⁴ Según la RAE, generoso, espléndido.

²⁵ Jn 14, 16.

²⁶ Col 2, 3.



propagación admirable en medio de todos los pueblos paganos, dominados hasta entonces por la idolatría, el odio fraterno, la corrupción de costumbres y la violencia. Esta divina caridad, don preciosísimo del Corazón de Cristo y de su Espíritu, es la que dio a los Apóstoles y a los mártires la fortaleza para predicar la verdad evangélica y testimoniarla hasta con su sangre; a los Doctores de la Iglesia, aquel ardiente celo por ilustrar y defender la fe católica; a los Confesores, para practicar las más selectas virtudes y realizar las empresas más útiles y admirables, provechosas a la propia santificación y a la salud eterna y temporal de los prójimos; a las Vírgenes, finalmente, para renunciar espontánea y alegremente a los goces de los sentidos, con tal de consagrarse por completo al amor del celestial Esposo.[...]

Sagrado Corazón, símbolo del amor de Cristo

24. Nada, por lo tanto, prohíbe que adoremos el Corazón Sacratísimo de Jesucristo como participación y símbolo natural, el más expresivo, de aquel amor inexhausto que nuestro Divino Redentor siente aun hoy hacia el género humano. Ya no está sometido a las perturbaciones de esta vida mortal; sin embargo, vive y palpita y está unido de modo indisoluble a la Persona del Verbo divino, y, en ella y por ella, a su divina voluntad. Y porque el Corazón de Cristo se desborda en amor divino y humano, y porque está lleno de los tesoros de todas las gracias que nuestro Redentor adquirió por los méritos de su vida, padecimientos y muerte, es, sin duda, la fuente perenne de aquel amor que su Espíritu comunica a todos los miembros de su Cuerpo Místico.

Así, pues, el Corazón de nuestro Salvador en cierto modo refleja la imagen de la divina Persona del Verbo, y es imagen también de sus dos naturalezas, la humana y la divina; y así en él podemos considerar no sólo el símbolo, sino también, en cierto modo, la síntesis de todo el misterio de nuestra Redención. [...]

Cristo ha amado a la Iglesia, y la sigue amando intensamente con aquel triple amor de que hemos hablado²⁷, y ése es el amor que le mueve a hacerse nuestro Abogado para conciliarnos la gracia y la misericordia del Padre, «siempre vivo para interceder por nosotros»²⁸. [...] también ahora, triunfante ya en el cielo, suplica al Padre con no menor eficacia; y a Aquel que «amó tanto al mundo que dio a su Unigénito Hijo, a fin de que todos cuantos creen en Él no perezcan, sino que tengan la vida eterna»²⁹. Él muestra su Corazón vivo y herido, con un amor más ardiente que cuando, ya exánime, fue herido por la lanza del soldado romano: «Por esto fue herido [tu Corazón], para que por la herida visible viésemos la herida invisible del amor»³⁰.

Luego no puede haber duda alguna de que ante las súplicas de tan grande Abogado hechas con tan vehemente amor, el Padre celestial, que no perdonó a su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros³¹, por medio de Él hará descender siempre sobre todos los hombres la exuberante abundancia de sus gracias divinas.

²⁷ Cf. 1 Jn 2, 1.

²⁸ Heb 7, 25.

²⁹ Jn 3, 16.

³⁰ S. Buenaventura, Opusc. X Vitis mystica 3, 5: Opera Omnia; Ad Claras Aquas (Quaracchi) 1898, 8, 164. -Cf. S. Th. 3, 54, 4: ed. Leon. 11 (1903) 513.

³¹ Rom 8, 32.



† Día 07 - **Texto para meditar** †

De Claudio de la Colombière, Ofrecimiento al Sagrado Corazón de Jesús.³²

«El Corazón de Nuestro Señor siempre se encuentra ardiendo de amor por los hombres: y a pesar de ello, no halla en nuestros corazones más que dureza, olvido, desprecio e ingratitud. Ama y no es amado, y no conocemos su amor, porque no nos dignamos recibir sus dones ni escuchar las secretas lecciones que quiere darnos.

En desagravio por tantos ultrajes y por tanta ingratitud, ¡oh adorable y amabilísimo Corazón de mi dulce Jesús!, y para evitar caer en semejante desdicha, yo te ofrezco mi corazón con todos los movimientos de que es capaz: yo me entrego enteramente a ti y desde este mismo instante te digo con toda sinceridad que deseo olvidarme de mí mismo y de todo lo que puede tener relación conmigo, para apartar cualquier obstáculo que me impida la entrada en tu Divino Corazón, donde quiero entrar para vivir y morir en él en compañía de tus más fieles siervos. Abrazado por tu amor ofrezco al Sagrado Corazón todos los méritos y los frutos de todas las Misas, de todas las oraciones, de todas las mortificaciones, de todas las prácticas de piedad, de todas las acciones de celo, de humildad, de obediencia y de todas las demás virtudes que yo practique hasta el último momento de mi vida. Todo esto no será solamente para honrar el Sagrado Corazón de Jesús y sus admirables disposiciones, aún le ruego humildemente que acepte la completa donación que hago de todo para que lo disponga del modo que más le agrade y en favor de quien le parezca. Y como ya lo tengo cedido a las benditas almas del purgatorio, todo cuanto haya en mis acciones capaz de satisfacer a la divina justicia, deseo que les sea distribuido según el beneplácito del Corazón de Jesús.

Sagrado Corazón de Jesús, enséñame el perfecto olvido de mí mismo, enséñame qué debo hacer para llegar a la pureza de tu amor, cuyo deseo has inspirado en mí: siento un gran impulso para agradarte, pero al mismo tiempo una imposibilidad gigante de ponerlo por obra sin una luz grande y sin una ayuda especialísima, que solo puedo esperar de ti. Haz, Señor, en mí según tu voluntad: ya sé que yo me opongo a ella. Pero ya no quiero resistirme más. Tú todo lo puedes, Divino Corazón de mi amable Jesús; hazlo, Señor, que solo Tú tendrás la gloria de mi santificación, si es que yo me santifico: más claro me parece esto que la luz. Que sea para ti una honra grande y por ella solamente debo yo desear y deseo mi propia perfección. Amén».

³² Con este ofrecimiento se quiere honrar el Divino Corazón que es el asiento de todas las virtudes, el manantial de todas las bendiciones y el refugio de las almas santas. Las principales virtudes que se desean honrar en Él son, en primer lugar, un amor ardiente a Dios Padre junto con un profundo respeto y la mayor humildad que pueda vivirse. En segundo lugar, una paciencia infinita en los males, una contrición y un extremado dolor de los pecados. En tercer lugar, una compasión muy sentida por nuestras miserias y un amor inmenso en medio de estas mismas miserias.



† Letanías para Consolar al Sagrado Corazón de Jesús †

Señor, ten piedad de nosotros,
Señor, ten piedad de nosotros.
 Cristo, ten piedad de nosotros,
Cristo, ten piedad de nosotros.
 Señor, ten piedad de nosotros,
Señor, ten piedad de nosotros.
 Cristo, óyenos,
Cristo, óyenos.
 Cristo, escúchanos,
Cristo, escúchanos.
 Dios, Padre Celestial,
ten misericordia de nosotros.

Dios, Hijo, Redentor del mundo,
ten misericordia de nosotros.
 Dios, Espíritu Santo,
ten misericordia de nosotros.
 Trinidad Santa, Un Solo Dios
ten misericordia de nosotros.
 Santa María, Nuestra Madre y Madre de Jesús,
ruega por nosotros.
 Santa María, Madre del Consuelo,
ruega por nosotros.
 Corazón Inmaculado de María,
ruega por nosotros.

Después de cada invocación, decir: - Te consolaremos, ¡Oh Señor!

Por el olvido y la ingratitud de la humanidad,
 Por tu abandono propio en Tu Tabernáculo
 Por los crímenes de pecadores,
 Por el odio de los no religiosos
 Por las blasfemias contra Ti,
 Por las calumnias a Tu Divinidad,
 Por los sacrilegios con los cuales Tu Sacramento de Amor es profanado,
 Por la inmodestia e irreverencia mostrada en Tu Adorable Presencia,
 Por los desengaños de los cuales Tu eres la víctima,
 Por la frialdad del número mayor de Tus hijos,
 Por el desprecio ofrecido en tus avances amorosos,
 Por las infidelidades de aquellos que se llaman tus amigos,
 Por el abuso de Tu gracia
 Por nuestra propia falta de fe,
 Por la dureza de nuestros corazones,
 Por nuestra gran demora en amarte,
 Por nuestra tibieza en tu Santo servicio
 Por la amarga tristeza que Te sumerge la pérdida de almas,
 Por Tu larga espera frente a las puertas de nuestros corazones,
 Por Tus lágrimas de amor,
 Por Tu encarcelamiento por amor,
 Por Tu martirio de amor,
 Cordero de Dios, que quitas los pecados del mundo,- *Sálvanos, Oh Señor.*
 Cordero de Dios, que quitas los pecados del mundo,- *Escúchanos, Oh Señor.*
 Cordero de Dios, que quitas los pecados del mundo,- *ten piedad de nosotros.*

Oración: Oh Salvador Divino Jesucristo, Quien respiró de Su Corazón esta queja penosa: "Busqué a aquellos que Me consolarían y no encontré a ninguno", acepta este pequeño tributo de nuestros consuelos, y ayúdanos poderosamente con Tu Gracia. En el futuro, volando más y más lejos de todo lo que Te desagrade, mostrémonos ser, en todo y para siempre, Tus fieles y devotos guardias de honor. Te pedimos esto a través de tu Sagrado Corazón, Oh Jesús, Quien, como Dios, vives y reinas con el Padre y el Espíritu Santo por y para siempre. **Amén**

